

# Nuevos movimientos sociales e identidades colectivas

*Aquiles Chihu Amparán\**

## LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Un nuevo paradigma de análisis de las acciones colectivas aparece con el enfoque analítico de los nuevos movimientos sociales.<sup>1</sup> Evidentemente el carácter novedoso de estos movimientos será definido en contraposición a los movimientos sociales tradicionales, tales como el movimiento obrero. La originalidad de estas acciones colectivas debe subrayarse en por lo menos tres aspectos:

- 1) En los actores sociales considerados la base social de los nuevos movimientos.
- 2) En el contexto social del cual surgen estos movimientos sociales, originado por las modificaciones que ha sufrido la sociedad moderna con respecto al Estado del bienestar (contexto social en el que se desarrolló el movimiento obrero).
- 3) En los objetivos que persiguen estos movimientos que, de manera general, parecen ser orientados menos hacia la obtención de bienes materiales y más hacia metas culturales.



\* Profesor investigador del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa.

La concepción de uno de los teóricos de los nuevos movimientos sociales, Alain Touraine (1997), tiene raíces en el accionalismo, corriente para la cual la realidad social debe ser analizada a partir de las relaciones sociales y no de las estructuras. En el sentido de que la acción e interacción social de los actores es lo que da existencia a la sociedad, ellos son quienes participan de manera central en la producción y reproducción de la sociedad.

Según este autor, los movimientos sociales no apuntan directamente al sistema político, más bien intentan constituir una identidad que les permita actuar sobre sí mismos (producirse a sí mismos) y sobre la sociedad (producir la sociedad). La búsqueda de identidad, tan característica de los movimientos sociales, implica que la meta principal de éstos sea la de dotar de un sentido a las relaciones sociales que forman la sociedad, de ahí la importancia de las dimensiones simbólicas de los movimientos sociales.

Otro importante teórico de los nuevos movimientos sociales, Alberto Melucci (1996), construye su análisis a partir de una crítica de las diversas teorías que se han elaborado acerca de las acciones colectivas. En su opinión ellas adolecen de la capacidad de explicar los fenómenos de la sociedad contemporánea, la cual es una sociedad compleja en la que los movimientos sociales desplazan sus objetivos de lo político hacia las necesidades de autorrealización de los actores en su vida cotidiana.

Desde el punto de vista de este autor, lo que caracteriza a las sociedades complejas es la existencia de nuevas prácticas y tipos de acción en donde el manejo de información es central para su estructuración. El dominio en las sociedades complejas descansa en un constante flujo de información. La acción colectiva se ubica en el ámbito cultural y en un mundo regido por el dominio de la información, los movimientos sociales tienden a cumplir la función de signos que tornan visible la existencia de problemas en ciertas áreas de la sociedad y cuestionan los códigos simbólicos dominantes introduciendo nuevos significados sociales. De ahí que los movimientos sociales puedan convertirse en significados alternativos a los códigos simbólicos dominantes.

La originalidad de conceptos como el de nuevos movimientos sociales se localiza tanto en el hecho de que dan cuenta del nacimiento de nuevos fenómenos y sujetos sociales, como en el hecho de que plantean una crítica al marxismo reduccionista que tiende a analizar los conflictos exclusivamente en relación con los intereses de clase e identidades de clase. Los teóricos dedicados a su estudio destacan la novedad de estos movimientos en contraste con los del socialismo clásico y los ubican en el campo de la sociedad civil más que en el de las relaciones de propiedad.

La teoría de los nuevos movimientos sociales surge como una respuesta ante la incapacidad del marxismo tradicional para explicar la naturaleza de acciones

colectivas tales como la del movimiento estudiantil del sesenta y ocho.

De acuerdo con el marxismo la única acción política significativa es aquella que surge de la lógica de la base económica, es decir de las relaciones de producción capitalistas en donde se generan las contradicciones de clase antagónicas. Como consecuencia de la tesis anterior, se sostiene que las únicas identidades políticas significativas son aquellas que se forman a partir de las relaciones de producción capitalistas, es decir, las identidades de clase surgidas entre proletarios y burgueses.

Ante las limitaciones de esta premisa, los teóricos de los nuevos movimientos sociales responden con dos criterios analíticos. La acción colectiva puede surgir a partir de una lógica distinta a la de la estructura económica: por ejemplo la política, la cultural, la de las relaciones étnicas, la de las relaciones entre géneros o la de las relaciones con la naturaleza. En consecuencia, las fuentes de identidad colectiva se pueden formar sobre una base diferente a la de la pertenencia de clase.

De ahí la importancia que los teóricos de los nuevos movimientos sociales le atribuyen a 1) aspectos tales como la acción simbólica en la esfera cultural con respecto a la acción instrumental en la esfera política; 2) a los procesos y estrategias dirigidas a promover la autonomía de los actores, en relación con las estrategias dirigidas a maximizar el poder del movimiento social; 3) a un cambio de valores que sustituyen la

orientación de los actores desde los recursos materiales; 4) a las identidades colectivas observadas como el resultado de procesos de construcción, en lugar de considerar que los actores colectivos y sus intereses se determinan estructuralmente.

Sociólogos como Touraine y Melucci sostienen que los nuevos movimientos sociales deben ser analizados como generadores de nuevas identidades y estilos de vida.

Con la categoría de nuevo movimiento social intentamos describir y analizar al conjunto de redes de interacción informales establecidas por una pluralidad de individuos, grupos y organizaciones, involucrados en torno a conflictos culturales o políticos, sobre la base de identidades colectivas compartidas (Diani, 1992).

A las características señaladas podemos agregar otras que distinguen a los nuevos movimientos sociales de los movimientos tradicionales de la sociedad industrial.

En principio, sus metas se encuentran orientadas a los temas de la calidad de vida y la defensa de estilos de vida particulares, más que a la redistribución económica de los recursos. De ahí que los valores que enarbolan los nuevos movimientos sociales se vinculen estrechamente con la defensa de identidades particulares.

A diferencia de los movimientos industriales, los nuevos movimientos construyen estrategias de acción en las que prefieren actuar al margen de los cana-

les políticos normales e institucionalizados, movilizando a la opinión pública (existen algunos movimientos sociales que se han institucionalizado integrándose al sistema de partidos, tal y como lo es el caso de los movimientos verdes en Europa). De manera frecuente se expresan en manifestaciones dramáticas en las que recurren a representaciones simbólicas.

Como estructura organizativa, los nuevos movimientos sociales tienden a asumir una postura antiinstitucional y antiburocrática evitando así los riesgos de jerarquización frecuentes en los movimientos sociales del capitalismo industrial.

Los actores que forman la base social de los nuevos movimientos pertenecen a las nuevas clases medias.

Podemos concluir señalando que los nuevos movimientos sociales constituyen parte de un ciclo de protesta que surge de una crítica cultural caracterizada por sus elementos contraculturales y pesimistas respecto al proceso civilizatorio. Son progresistas con respecto a la vida, ya que proponen formas radicales de democratización de la vida cotidiana, en la autorrealización. Todo movimiento social involucra funciones simbólicas (dimensión cultural) con una toma de posición con relación a temas políticos ya sea de manera explícita o implícita (dimensión política). La base social de los nuevos movimientos sociales en vez de fundarse en la clase se funda en la raza, el género, la etnicidad o la nacionalidad y a esto debe agre-

garse el hecho de que las identidades de grupo tienden a construirse sobre la base de valores compartidos a través de una identificación ideológica.

#### PROCESOS DE CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES COLECTIVAS

En vista de lo anterior, los nuevos movimientos sociales se caracterizan ante todo por ser movimientos identitarios, es decir, fundados en la construcción simbólica de identidades. Los estudiosos de los movimientos sociales han analizado particularmente aquellos movimientos orientados estratégicamente; es decir aquellos que persiguen objetivos políticos tales como el incidir sobre el aparato político, y en los cuales la acción colectiva es vista de manera instrumental, como un medio para conseguir ciertos objetivos. En cambio, se han analizado poco los movimientos identitarios, que son aquellos para los cuales la misma acción colectiva se convierte en la realización de una finalidad: mantener y expresar una identidad. De ahí que también se designen como acciones expresivas y dramáticas las formas de acción colectiva que asumen. Nuestro punto de vista radica en que el estudio de los movimientos sociales debe combinar el análisis de ambas dimensiones.

En los procesos de acciones colectivas la identidad se convierte en una meta para lograr fuerza en el movimiento. La identidad como meta significa que la acción colectiva está orientada a desa-

fiar identidades que han sido estigmatizadas, o bien a destruir identidades establecidas (y con ello los valores culturales que las sustentan). De esta manera la identidad se despliega adquiriendo una dimensión estratégica.

De acuerdo con Jenkins (1996) la identidad social involucra tanto la identidad individual como la identidad colectiva. La identidad social se construye en la dialéctica de la autoimagen y la imagen pública. Por una parte, la identidad individual es el producto de los procesos tempranos de socialización y constituye las identidades primarias, que son las más fuertes y las más resistentes al cambio en la medida en que están profundamente enraizadas como características corporeizadas del actor. Por otra parte, además de lo que el actor piensa acerca de sí mismo, la identidad debe ser validada por los actores con los que entra en contacto.

Este proceso de formación de identidades colectivas es semejante a la distinción marxista de la clase en sí y la clase para sí. La primera distinción implica la identidad de un grupo social desde afuera; es decir, la identidad de ese grupo es sostenida únicamente por quien la enuncia y consiste en la identificación (por parte de ese actor externo) de una característica en común que comparten los actores que forman ese grupo. La segunda distinción es realizada por los propios actores que forman el grupo y que se vuelven conscientes de la característica en común que poseen y los definen como miembros de la colectividad.

Jenkins, por su parte, distingue entre una identidad nominal, el nombre o la etiqueta que identifica a un grupo y una identidad virtual, que es la experiencia que el actor tiene de una identidad.

Fredrik Barth (1978) ofrece un modelo que permite concebir a las identidades sociales como un fenómeno fluido y sujeto a una permanente negociación. Las identidades se encuentran y negocian en sus fronteras; de manera que la identidad de un grupo se construye a través de la constitución de la frontera del grupo en su interacción con otros grupos. Así pues, las fronteras son permeables y la identidad se configura a través de las transacciones que ocurren en las fronteras.

En las organizaciones también podemos observar estos procesos de construcción de identidades colectivas. Las organizaciones se conforman por actores que interactúan de manera cotidiana. Éstas organizaciones pueden ser analizadas como redes de identificación que se reproducen desde los procedimientos de distribución de las tareas hasta el reclutamiento del personal.

En términos de identidad, las organizaciones se construyen sobre la base de una distinción entre los miembros y los no miembros; y en su interior, de acuerdo a rangos de relaciones de diferencia. No obstante, las organizaciones también cumplen una función en la definición y construcción de las identidades de aquellos actores que no son miembros de la organización. Ello se deriva del hecho de que las organizaciones

contribuyen a identificar a los actores de maneras particulares. Una de las características más importantes de la identidad organizacional es que la pertenencia a una organización implica un acceso a recursos, pero también implica un costo de entrada. En este sentido se afirma la materialidad de las identidades.

Nuestro punto de partida es el del análisis de la identidad como un proceso de construcción de la concepción que tienen los actores sociales respecto al lugar que ocupan en un determinado campo social.

Es importante destacar que la identidad como proceso cumple al menos dos funciones:

- 1) *Locativa*. En el proceso de construcción de identidades los actores eligen un determinado campo o espacio de acción social. Al ubicarse en un determinado campo, los individuos construyen fronteras simbólicas que los identifican con los miembros de su grupo a la vez que los distinguen de las personas pertenecientes a otros grupos.
- 2) *Selectiva*. En el proceso de formación de identidades los sujetos se adscriben a un determinado sistema simbólico y comparten una cosmovisión que les permite orientar sus existencias y preferencias presentándose de esta manera una relación de causalidad entre identidad y acción social.

Por lo que respecta a la dimensión locativa de la identidad es necesario señalar que la construcción de fronteras marca los territorios sociales entre individuos y grupos sociales. Estas fronteras se crean estereotipando y poniendo en relieve la diferencia entre los miembros de una comunidad o de un determinado grupo u organización social y los que pertenecen a ese campo o espacio social.

La construcción de una identidad entre los grupos subalternos generalmente conduce al distanciamiento de los valores y estructuras de significado de las culturas dominantes, para pasar a afirmar valores y estructuras alternativas. En este proceso de construcción de fronteras que permiten la consolidación de nuevas identidades colectivas puede surgir el fenómeno de la creación de una cultura distinta.

Para la sociología, la identidad colectiva se configura en una pluralidad de individuos que se ven a sí mismos como similares o que tienen conductas similares. La identidad de grupo es el producto de una definición colectiva interna. Pero al mismo tiempo que se crea una identidad de grupo se crea un proceso de identificación de los que no pertenecen al grupo. La identidad colectiva es una autodefinición compartida de un grupo derivada de intereses, experiencias y solidaridad común. Los individuos se identifican como parte de un grupo cuando alguna característica que poseen en común con otros actores es definida como importante y sobresaliente; es

decir, un grupo adquiere una identidad colectiva mediante esquemas cognitivos que definen sus metas, medios y el ambiente en el que se desarrolla el grupo.

En este proceso de construcción de la identidad, los grupos establecen fronteras que demarcan territorios sociales entre los distintos grupos. Estas fronteras se crean poniendo en relieve las diferencias entre el mundo propio y el ajeno. Normalmente son los grupos sociales dominantes los que crean fronteras que los distinguen de los grupos dominados. No obstante, en respuesta, los grupos subalternos empiezan a construir sus propias fronteras, oponiéndose a las categorías con que la clase dominante los ha estigmatizado. La construcción de una identidad entre los grupos dominados conduce a la tendencia a distanciarse de los valores y estructuras de significado de la cultura

dominante, afirmando valores y estructuras alternativas.

Por tanto, la identificación de grupo presupone que los miembros se perciben a sí mismos como similares. La colectividad significa que los actores comparten algo en común. El modelo de Anthony Cohen (1985) acerca de la construcción simbólica de la identidad comunal resulta interesante para comprender este fenómeno.

Cohen interpreta el proceso de la construcción simbólica de la comunidad como un sentido que tienen los actores de pertenecer a una localidad o escenario particular. De acuerdo con este autor la comunidad es un fenómeno cultural, mental y cognoscitivo, es una construcción simbólica más que estructural.

En esta construcción simbólica de la comunidad resultan de gran importancia los símbolos y rituales. Los sím-



René Magritte, *L'Universe démasqué*, 1931-1932

bolos generan un sentido de pertenencia que es compartido por los actores, y los rituales pueden actuar para la comunidad como símbolos de grupo. La comunidad es en sí misma una forma simbólica sobre la cual la gente se apoya estratégicamente, de ahí se derivan los usos políticos. La integración a la comunidad significa compartir con otros un sentido similar de las cosas y participar dentro de un universo simbólico común.

El efecto de comunidad surge del hecho de compartir símbolos comunales y de la participación en un discurso simbólico común sobre la integración a la comunidad. Este discurso construye y enfatiza la frontera entre los miembros y los no miembros. De esta manera las fronteras simbólicas se vuelven importantes.

Para Cohen el material cultural lo representan los símbolos, que constituyen un elemento importante en la generación de una identificación individual con la colectividad externa, logrando que el reclutado sienta que pertenece a una organización. Desde esta perspectiva la cultura es un conjunto de símbolos, mitos, rituales y visiones del mundo, que los actores usan para resolver distintos tipos de problemas construyendo estrategias de acción.

## CONCLUSIONES

¿Qué plantean en términos analíticos los teóricos de los nuevos movimientos sociales? Una de las características de

estos planteamientos es la crítica hacia la premisa marxista de la existencia de un sujeto histórico central quien es el que realiza la lucha anticapitalista. Esta concepción se basa en la existencia de una lógica de las relaciones sociales fundada en la estructura económica que dotaba de sentido las conductas de los actores sociales en los demás campos de actividad. En consecuencia, el actor social fundamental se ubicaba únicamente en la esfera de la producción. Los teóricos de los nuevos movimientos crean un paradigma que toma como punto de partida el hecho de que la sociedad capitalista contemporánea da lugar a la autonomía de los distintos campos de actividad social, en el sentido de que la lógica propia de un campo no actúa de manera directa y determinante sobre otro campo de actividad social. Cada campo social conserva una lógica autónoma. Esta característica da inicio a una creciente politización de lo social y a una multiplicación de los conflictos sociales, al igual que de los campos de actividad social autónomos (en la medida en que los conflictos no pueden reducirse a una causa única y se desarrollan en el interior de los campos en los que aparecen). Partiendo de esta premisa, en las sociedades capitalistas contemporáneas no existe un sujeto único sino una multiplicidad de sujetos colectivos.

La investigación sobre los movimientos sociales contemporáneos tiene que hacer frente a la novedad que éstos presentan con respecto a otros tipos históricos de acción colectiva. De acuerdo

con Melucci (1985), la característica más sobresaliente es el cambio de su terreno de acción: del terreno más propiamente político al terreno cultural. Existe un tipo de movimiento social orientado a la acción política cuyas metas apuntan a modificar la sociedad, intentando lograr ciertas modificaciones en relación con el ejercicio del poder político a través de acciones instrumentales. Por otro lado, existe un tipo de movimiento social cuyas actividades se desarrollan en el terreno cultural y buscan cambiar la mentalidad y el comportamiento de los individuos.

El sentido de la frase: los movimientos sociales contemporáneos tienen una orientación más cultural que política, nos indica que la orientación cultural de los movimientos sociales contemporáneos, por las características de las sociedades complejas, tiende a presentarse como un desafío político. Cuando hacemos referencia a las dimensiones culturales enfatizamos los procesos en los que los actores sociales construyen los significados mediante los cuales intervienen en las relaciones sociales. El término de identidad colectiva en el estudio de los movimientos sociales trata de interrogar sobre los aspectos procesuales mediante los cuales llega a constituirse un movimiento social y su permanencia en el tiempo.

Así también, la reflexión sobre los movimientos sociales contemporáneos debe estar vinculada con el contexto social del que emergen, es decir, debe ir acompañada de un intento por estable-

cer las características de las sociedades complejas de las cuales surgen, o bien, contestar la interrogante: ¿a qué problemas estructurales responden estos movimientos sociales contemporáneos?

Para Melucci las sociedades complejas se caracterizan por la creciente tendencia a integrarse con miembros de las distintas estructuras sociales, aumentando su interdependencia. Los bienes materiales son producidos y consumidos con la mediación de enormes sistemas informacionales y simbólicos.

La aparición de nuevos movimientos sociales expresa la existencia de contradicciones en el interior de estas sociedades. La contradicción fundamental reside en el hecho de que son sociedades "informatizadas", por lo que la circulación, manejo y combinación de información es esencial para la buena marcha del sistema en su conjunto. Las sociedades complejas requieren que los actores sociales sean capaces de manejar y manipular la información. Ello a su vez requiere dotar a los actores de las habilidades necesarias y de educación cada vez más especializada, otorgándoles una creciente importancia a los elementos culturales en la producción. Estas habilidades no sólo constituyen recursos para lograr la eficiencia del sistema, sino que se constituyen en recursos mediante los cuales los individuos pueden construir significados e identidades propias.

Una de las ideas centrales que recorre la obra de Alberto Melucci con respecto al estudio de los movimientos sociales

se encuentra vinculada con la necesidad de un cambio del enfoque instrumentalista, en donde se privilegian los aspectos instrumentales de la acción colectiva (es decir su capacidad de modernizar las instituciones y lograr cambios en la instrumentación de políticas públicas), para pasar a un enfoque en el que se sitúe la atención sobre las formas que asume la acción colectiva.

Como formas de los movimientos sociales, Melucci entiende las redes de solidaridad que contienen dentro de sí significados culturales, nuevas formas de cultura que definen concepciones del mundo y estilos de vida originales.

Melucci parte del mismo presupuesto básico del marxismo: que la base de todo sistema social es la producción de los recursos materiales. Pero, al mismo tiempo, le agrega un elemento que está ausente dentro de la teoría marxista de la producción social: el carácter comunicativo y simbólico de las relaciones sociales de producción.

La idea marxista de que el conflicto antagónico sólo puede darse en términos de actores definidos como clases sociales y que, a su vez, esas clases sociales están definidas en términos de la posición que ocupan dentro del sistema de relaciones de producción económicas surge de la tendencia (en el capitalismo industrial) a establecer una relación de identidad entre la producción social, por un lado, y la forma económica de la producción social por el otro.

Sin embargo, la producción social no sólo involucra la relación entre me-

dios de producción y materias primas; involucra a la vez la presencia activa de actores y de relaciones sociales. Este proceso en el interior de las relaciones sociales tiene un carácter comunicativo basado en la construcción de significados y la utilización de símbolos que permiten asignar un sentido a la relación social.

De ahí que la producción social involucre, además del aspecto cuantitativo y mensurable (la productividad del trabajo) un aspecto cualitativo y significativo (qué sentido tienen las relaciones sociales de producción para los actores involucrados en ellas).

De esto se deduce que toda teoría de la producción social implica una teoría de la identidad, es decir una teoría acerca de cómo los actores sociales se reconocen a sí mismos como actores productivos socialmente y como actores capaces de asignar un sentido propio a su actividad social.

Por lo tanto, el conflicto antagónico no se ubica necesariamente en el ámbito económico, ni involucra necesariamente a actores definidos en función de su lugar en las relaciones de producción económica. El conflicto antagónico se sitúa en cualquier plano de la vida social en donde a los actores sociales les es negada su capacidad de producir significados culturales acerca de los fines de la producción social. Es decir, el conflicto antagónico aparece cuando a los individuos y a los grupos sociales les es negada la posibilidad de construir autónomamente el sentido de su vida.

Si bien la teoría de la movilización de recursos enfatizó la importancia de los recursos materiales para lograr movilizar una multitud de actores sociales, pronto se hizo evidente que no sólo los recursos materiales eran un elemento fundamental para la movilización colectiva sino que los procesos culturales e ideológicos también intervenían de manera importante.

La categoría de marcos de la acción colectiva da cuenta de estos procesos culturales e ideológicos. A través del proceso de enmarcamiento que funciona como guía para la acción colectiva, este esquema de interpretación posibilita a los individuos para percibir e identificar sus espacios de vida y el mundo en general, de tal manera que los movimientos sociales tratan de construir sus identidades confrontando el discurso de los movimientos sociales con el de sus opositores, el de las instituciones y con los códigos dominantes.

Alberto Melucci ha desarrollado una concepción de los movimientos sociales que hace énfasis en sus características simbólicas y culturales. Desde su punto de vista, los movimientos sociales tienen una relación más bien indirecta con el cambio político y social. Estos movimientos cumplirían más bien una función profética o de expresión. La aparición de un movimiento social advierte a la sociedad que existe un problema fundamental en un área de las relaciones sociales. Para Melucci los movimientos sociales no son acciones colectivas fuertemente organizadas. Se originan en redes informales que los actores esta-

blecen en su vida diaria. En esas redes, los actores ensayan y ponen en práctica significados alternativos a los que les ofrece el discurso dominante. En un momento dado esos significados alternativos pueden alcanzar la forma de un movimiento social (dejan de ser privados y se hacen públicos) y desafiar a los significados dominantes. El conflicto tiene lugar, principalmente, en un terreno simbólico, mediante la subversión y perturbación de los códigos dominantes sobre los que se fundan las relaciones sociales.

#### NOTAS

- <sup>1</sup> Agradezco la valiosa colaboración de mi ayudante de investigación Alejandro López, estudiante de Sociología en la UAM-Iztapalapa.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Barth, Fredrik  
1978 *Los grupos étnicos y sus fronteras*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Buechler, Steven  
1995 "New Social Movement Theories", en *The Sociological Quarterly*, vol. 36, núm. 3, pp. 441-464.
- Cohen, Anthony  
1985 *The Symbolic Construction of Community*, Tavistock, Londres.
- Diani, Mario  
1992 "The Concept of Social Movement", en *Sociological-Review*; vol. 40, núm. 1, febrero, pp. 1-25.
- Gamson, William  
1990 *The Strategy of Social Protest*, Wadsworth, Belmont, CA.

- Giménez, Gilberto  
 1994 "Los movimientos sociales. Problemas teórico-metodológicos", en *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, año LVI/núm. 2, pp. 3-14.  
 1996 "La identidad social o el retorno del sujeto en sociología", en *Identidad: análisis y teoría, simbolismo, sociedades complejas, nacionalismo y etnicidad*, III Coloquio Paul Kirchhoff, Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 11-24.
- Hall, Stuart y Paul du Gay  
 1997 *Questions of Cultural Identity*, Sage, Londres-Thousand Oaks-Nueva Delhi.
- Jenkins, Richard  
 1996 *Social Identity*, Routledge, Londres-Nueva York.
- Larana, Enrique et al.  
 1994 *New Social Movements: From Ideology to Identity*, Temple University Press, Philadelphia.
- LeBon, Gustave  
 1952 *The crowd: a study of the popular mind*, Ernest Benn, Londres.
- Melucci, Alberto  
 1985 "The Symbolic Challenge of Contemporary Movements", en *Social Research*, vol. 52, núm. 4, invierno, pp. 789-816.  
 1988 "Getting Involved: Identity and Mobilization in Social Movements", en *International Social Movement Research*, vol. 1, pp. 329-348.  
 1991 "La acción colectiva como construcción social", en *Estudios Sociológicos*, vol. 9, núm. 26, mayo-agosto, pp. 357-364.  
 1996 *Challenging codes: Collective action in the information age*. Cambridge University Press.
- Morris, Aldon y Mueller Carol  
 1992 *Frontiers in Social Movement Theory*, Yale University Press, New Haven.
- Munk, Gerardo  
 1995 "Algunos problemas conceptuales en el estudio de los movimientos sociales", en *Revista Mexicana de Sociología*, IIS-UNAM, Año LVII/núm. 3, julio-septiembre, pp. 17-40.
- Pichardo, Nelson  
 1997 "New Social Movements: A Critical Review" en *Annual Review of Sociology*, 23, pp. 411-430.
- Rajchman, John  
 1995 *The Identity in Question*, Routledge, Nueva York-Londres.
- Sciolla, Loredana  
 1983 *Identitá*, Rosenberg & Selier, Turín.
- Smelser, Neil  
 1989 *Teoría del comportamiento colectivo*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Snow, David et al.  
 1986 "Frame Alignment Processes, Micromobilization and Movement Participation", en *American Sociological Review*, vol. 51, agosto, pp. 464-481.
- Snow, David y Robert Benford  
 1988 "Ideology, Frame Resonance, and Participant Mobilization", en *International Social Movement Research*, vol. 1, pp. 197-217.
- Tarrow, Sidney  
 1992 "Mentalities, Political Cultures, and Collective Action Frames", en Morris, Aldon y Carol Mueller, (eds.), *Frontiers in Social Movement Theory*, Yale University Press, New Haven.  
 1994 *Power in Movement: Collective Action and Politics*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Touraine, Alain  
 1995 *Producción de la sociedad*, Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México/IFAL/Embajada de Francia.  
 1997 *¿Podremos vivir juntos? La discusión pendiente: el destino del hombre en la aldea global*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.